

1.° de Abril de 1906. Año III. N.° 55.



Para dar á conocer las obras de arte inspiradas en asuntos criminalistas, empezamos reproduciendo este magnífico cuadro de Mezquita, premiado con 1.ª medalla, que representa una conducción de presos que á la caída de la tarde y en día de lluvia atraviesa por la plaza de Bilbao de esta corte. Es un cuadro lleno de vida, que tiene el sello de la realidad. En él van confundidos, la gitana, el obrero, el lugareño y el señorito, á quien sus vicios conducen á la cárcel y á la deshonra.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

El talento, el genio de los malhechores modernos parece tomar en nuestra época, en la que hasta el mal se civiliza, proporciones grandiosas.

El trasatlántico navegaba en pleno océano, á quinientas millas de la costa más próxima. El telégrafo sin hilos transmitió desde tierra al barco el siguiente despacho:

«*Célebre Arsenio Lupin navega en ese buque; primera clase; cabellos rubios; herida antebrazo derecho; viaja solo, bajo el nombre de R...*»

En aquel preciso momento estalló un trueno é interrumpióse la aérea comunicación. Del nombre bajo el cual ocultábase Arsenio Lupin no pudo saberse más que la inicial.

Aquel mismo día todos los de á bordo sabíamos que se encontraba entre nosotros el famoso ladrón, el enigmático personaje á quien los mejores policías no habían podido echar el guante. Sus proezas llenaban hacía meses las columnas de la prensa No se hablaba de otra cosa entre el pasaje.

—¿Pero quién de los pasajeros es ese hombre?—me preguntó la encantadora miss Nelly, á quien yo hacía la corte.—Veamos, señor Andresy, ¿usted no sabe nada?

– Nada preciso, señorita—la contesté—; pero el problema no es complicado, dados los elementos que tenemos para resolverlo: 1.° Lupin se hace llamar señor R.; 2.° Lupin viaja

solo; 3.° Lupin es rubio. Nos bastará consultar la lista de los pasajeros de primera clase y proceder por eliminación. Aquí la tengo. Hay trece pasajeros, de ellos nueve viajan acompañados de mujeres, de niños ó criados. Quedan cuatro para escoger: el marqués de Raverdan ..

—Secretario de la embajada; le conozco—interrumpió miss Nelly.

—El comandante Rawson...

—Es mi tío—dijo un pasajero.

—El señor Rivolta...

—¡Presente!—exclamó un italiano cuyo rostro desaparecía bajo una barba negruzca. Miss Nelly soltó la carcajada diciendo:

—El señor no es muy rubio que digamos.

—Entonces - repuse yo—, nos vemos obligados á declarar culpable al último de la lista, es decir, al señor Rozaine. ¿Conoce alguien al señor Rozaine?

Hubo un silencio, después del cual, miss Nelly dirigióse hacia un hombre taciturno que había pasado inadvertido, y le preguntó:

—¿No dice usted nada, señor Rozaine?

Volvimos la vista hacia él. ¡Era rubio!...

—Digo lo que ustedes piensan; que, efectivamente, mis señas son las de Lupin y que se me debe prender.

—Pero usted no tiene herida—le dijo la hermosa miss.

—Efectivamente, la herida falta—y con un gesto nervioso se levantó la manga y descubrió el brazo, pero el brazo izquierdo.

Iba á hacer la observación, cuando vimos llegar angustiada á lady Jerland, amiga de miss Nelly, que apenas pudo balbucear: "¡Me han robado mis alhajas... mis perlas!.. „ No había duda que aquella era una nueva hazaña de Arsenio Lupin. El comandante del barco llamó á Rozaine; pero nada pudo probársele y no era posible proceder contra él.

En busca del ladrón.

Una hora después corría de mano en mano una circular manuscrita: El señor Rozaine prometía una suma de 10.000 francos á quien desenmascarase á Arsenio Lupin ó encontrara al poseedor de las alhajas robadas.

¡Rozaine contra Arsenio Lupin!; ó mejor dicho: Arsenio Lupin contra Arsenio Lupin... La lucha no dejaba de ser original. La situación se prolongó dos días. El barco fué registrado de arriba á abajo.

—Se acabará por descubrir algo, ¿verdad?—dijo miss Nelly.—Por brujo que sea, no puede hacer que cs diamantes y las perlas sean invisibles.

—Para encontrar algo será preciso registrarlo todo, todo, hasta el fondo de nuestros sombreros y los forros de nuestros vestidos.

Y mostrándole mi aparato fotográfico añadí: —¿Cree usted que dentro de esto no caben todas esas alhajas?; pues á nadie se le ocurrirá, seguramente, registrar una maquinita dedicada á sacar vistas.

Las investigaciones de á bordo no dieron más que un resultado: comprobar que le habían robado el reloj al capitán del barco. Furioso, redobló la vigilancia de Rosaine, con el que había tenido dos ó tres entrevistas. Al día siguiente se encontró el reloj entre unos cuantos cuellos postizos del segundo de á bordo. Todo esto tenía un aire de prodigio y denunciaba la manera humorística de Arsenio Lupin, que era un verdadero artista en su género.

Por la noche, el oficial de cuarto oyó gemidos que procedían de uno de los rincones más obscuros del puente. Se aproximó. Sobre el suelo había un hombre tendido, con la cabeza envuelta en una bufanda gris y las muñecas atadas con una cuerda. El hombre era Rozaine. Una tarjeta prendida á su americana con un alfiler contenía estas palabras: "Arsenio Lupin acepta, reconocido, los diez mil francos del señor Rozaine„.

En realidad, la cartera robada contenía veinte mil.

Al principio se acusó al degraciado Rozaine de haber simulado este ataque contra sí mismo; pero pronto se cayó en la cuenta de que no era posible que se hubiera atado por sí solo de aquella manera, y pudo comprobarse que la letra de la tarjeta difería por completo de la de Rosaine, y en cambio se parecía mucho á la de Arsenio Lupin, reproducida por un periódico.

Así, pues, Rozaine no era Arsenio Lupin, quien evidentemente estaba á bordo. Entonces entró el pánico; nadie se aventuraba á permanecer solo en su camarote... La amenaza no procedía de un individuo aislado, vigilado, y por lo mismo menos peligroso. Ahora Arsenio Lupin era todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso é ilimitado. Se le suponía capaz de adoptar los disfraces más inesperados.

No faltaba más que un día para arribar á puerto, un día que pareció interminable. Aquellas horas fueron deliciosas para mí, porque gracias á Arsenio Lupin, pude captarme la confianza de miss Nelly, que impresionada por tantos acontecimientos, miedosa de suyo, buscaba en mí una protección, una seguridad, que yo me sentía dichoso en poderle ofrecer.

¿Quién era el famoso Arsenio Lupin?

Esperábase con ansiedad el momento supremo en que había de explicarse al fin el insoluble enigma. ¿Quién era Arsenio Lupin? ¿Bajo qué nombre, detrás de qué máscara ocultábase el famoso Arsenio Lupin?... Y este momento supremo llegó. Aunque viva cien años no olvidaré el más pequeño detalle.

Abatióse la pasarela y antes de que pudiéramos franquearla subieron á bordo aduaneros, carteros, una porción de gente. Miss Nelly, que estaba á mi lado, me dijo:

—Si se averiguara que Arsenio Lupin habíase evadido en plena mar, no me sorprendería.

De pronto di un retemblón, y como miss Nelly me preguntase, le dije:

—¿Ve usted aquel hombrecillo que está en el extremo de la pasarela?

—¿Con un paraguas y un gabán verde aceituna?

—Sí, es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía que ha jurado que Arsenio Lupin caerá en su poder.

—¿Entonces es segura la prisión de Arsenio Lupin?

—¿Quién sabe? Parece ser que Ganimard no le ha visto nunca más que disfrazado. A menos que no conozca su nombre supuesto.

—¡Ah!—dijo con esa curiosidad un poco cruel de la mujer—¡si pudiese asistir á su detención!...

—Tengamos paciencia. Seguramente que Arsenio Lupin ha notado ya la presencia del enemigo y querrá salir de los últimos, cuando la vista del viejo esté fatigada.

Comenzó el desembarco. Apoyado en su paraguas con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención á la muchedumbre que se apiñaba entre las dos balaustradas. Observé que un oficial de á bordo, colocado detrás de él, le informaba de vez en cuando.

Desfilaron Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta y otros muchos... Y advertí que Rozaine se aproximaba. ¡Pobre Rozaine!

—Puede ser que sea él, ¿qué le parece á usted?—preguntó miss Nelly.

—Pienso que sería muy interesante hacer un grupo de Ganimard y Rozaine. Tome usted mi aparato, yo estoy cansado.

Le di el kodak, pero demasiado tarde para la instantánea. El oficial habíase inclinado al oído de Ganimard; el policía se encogió de hombros y Rozaine pasó. Pero entonces, Dios mío, ¿quién era Arsenio Lupin?... No quedaban á bordo más que una veintena de personas.

—No podemos esperar más—le dije á miss Nelly.

Echó á andar y yo le seguí. Pero no habíamos avanzado diez metros cuando Ganimard nos cerró el pasó y me dijo mirándome fijamente:

—Arsenio Lupin, ¿verdad?

Yo me eché á reir.

—No, Bernardo d'Andresy—le contesté.

—Bernardo d'Andresy murió hace tres años en Macedonia. Ya tendré el gusto de explicarle cómo se las compuso usted para apoderarse de sus papeles.

—¡Usted está loco! Arsenio Lupin se embarcó con el nombre de R.

—Sí, otra estratagema de usted, una falsa pista... Es usted mucho hombre, buen mozo; pero esta vez la suerte ha cambiado. Vamos, Lupin, es inútil fingir por más tiempo.

Dudé un momento. Ganimard me dió un golpe en el antebrazo derecho. Yo lancé un grito de dolor. Había tocado en la herida aun mal cerrada que señalaba el telegrama. Entonces no hubo más remedio que rendirse. Yo me volví hacia Nelly, que escuchaba lívida. Su mirada encontró la mía, luego bajó hacia el kodak que yo la había entregado. Hizo un movimiento brusco y tuve la certidumbre de que lo había comprendido todo. Sí, era allí, entre las estrechas paredes de «chagrin» negro, en la máquina fotográfica que yo había tenido la precaución de depositar entre sus manos antes de que Ganimard me prendiese, allí donde se encontraban los veinte mil francos de Rozaine, las perlas y los diamantes de lady Jerland.

La prueba material y decisiva de los robos realizados por mí á bordo estaba allí; ¿pero se decidiría miss Nelly á proporcionarla?... ¿Me perdería ella? ¿Obraría como enemiga que no perdona, ó como mujer cuyo desprecio está dulcificado por la indulgencia y por un poco de simpatía involuntaria?...

Ella pasó por delante de mí, yo me incliné sin pronunciar una frase. Mezclada á los otros viajeros se dirigió hacia la pasarela con mi kodak en la mano. «Sin duda—pensaba yo—, no se atreve á hacerlo en público. Es mañana cuando lo entregará á la justicia».

Pero cuando llegó al centro de la pasarela, por un movimiento de simulada torpeza, la dejó caer en el agua, entre el muro del muelle y el flanco del buque. Luego la vi alejarse. Permanecí un instante inmóvil, triste y enternecido, después suspiré, con gran extrañeza de Ganimard, y me dije para mi coleto:

—Hay ocasiones que se siente no ser hombre honrado.

(Continuarán estas aventuras.)

El Barba-Azul de Chicago.

Ejecución de Johann Hoch. Cincuenta veces polígamo.

Una celebridad americana acaba de morir: el ilustre Johann Hoch. Seis pies de cuerda bien enjabonada han hecho pasar de la vida á la muerte al que se le había denominado el Barba-Azul de Chicago.

Johann Hoch era natural de Bingen sobre el Rhin. Estudió química en Berlín, pero desistió de saber esta ciencia y se dedicó únicamente á un arte bien particular: al de casarse. Johann Hoch confesó delante de los jueces *catorce cosos de poligamia*. Pero se cree que fué polígamo unas cincuenta veces.

Tenía particulares condiciones de seducción. Agradaba mucho á las mujeres y llegaba rápidamente á inspirarlas un amor profundo. No dejaba nunca de casarse con la que había honrado con sus atenciones, hacía que le entregase su dote y desaparecía en un espacio de tiempo de una duración muy breve, por lo general.

Ejerció su industria de marido sucesivamente en Francia, en Inglaterra, después en todos los rincones de la América del Norte. Fué acusado de haber envenenado su anteúltima mujer, aunque él se declaró siempre inocente de tal crimen; sin embargo, ha sido ahorcado.

En diciembre de 1904 llegaba á Chicago y se casaba con Mrs. Weclher, una rica viuda. Al cabo de tres semanas, Mrs. Weclher moría. Durante los últimos días Hoch hacía la corte á la hermana de su mujer. No hacía más que tres días que ésta había muerto cuando el marido y la cuñada se casaban. Dos horas después de la ceremonia Hoch tomó la fuga con la dote.

Fué detenido en un hotel. Había querido casarse con la dueña. Pero ésta, que leía los periódicos, sabía la historia del Barba Azul moderno y le denunció á la Policía.

Johann Hoch no era respetuoso para las mujeres. «Se vuelven locas por casarse—decía.—No teneis más que hablarlas de matrimonio y son vuestras. Sostengo que un hombre amable y constante llegaría perfectamente á casarse un millar de veces.»

El bello sexo no le guardaba rencor. Durante su larga detención varias de sus esposas fueron á verle, le llevaron dinero, le consolaban y aun algunas ofrecieron fianza para que fuese puesto en libertad provisional; pero no pudieron obtenerla. Tal actitud por parte de las que él había tan odiosamente engañado, prueba bien que tenía Hoch condiciones de seducción absolutamente excepcionales. Ha muerto muy valerosamente. Su actitud delante de la horca fué insolente. Hasta el fin persistió en declararse inocente de la muerte de su anteúltima mujer. La ejecución del Barba Azul ha sido un verdadero duelo para una gran parte de la población femenina de Chicago.

Una cuerda que se rompe.

En los países donde todavía funciona la horca, las condenas determinan que el ajusticiado ha de suspenderse del pescuezo hasta que sobrevenga la muerte. Antiguamente no sucedía así. En Francia al menos, se condenaba á ser suspendido alto y corto. Si por casualidad se rompía la cuerda, la falta era del verdugo, y el condenado, habiéndose cumplido la letra de la sentencia, había pagado su deuda á la sociedad.



Un día se ajusticiaba en Rouen á un normando, culpable, entre otros delitos, de haber robado un par de zuecos que aun llevaba puestos en el momento del suplicio. Apenas le hubieron izado en la horca, la cuerda se rompió y el hombre cayó sobre ambos pies, sin producirse daño alguno.

—Está usted libre—le dijo el juez.

Furioso nuestro hombre, amenazó con el puño al verdugo, diciéndole:

—¡El diablo te lleve, so torpe!; ¡el pedazo de bruto ha hecho que se rompan mis zuecos!

Los bandoleros de a

Desde pequeñuelo se manifestaron en él todo género de malas cualidades, que, lejos de desaparecer, fueron aumentando á medida que fué creciendo.

Los pobres padres no pudieron conseguir que aprendiera un oficio, ni menos que se dedicara á las tareas agrícolas, que era la profesión del autor de sus días.

Al llegar la época en que debiera ir al servicio de las armas, se dijo, á no dudarlo, que no era cosa que cargara con *el chopo* quien no había empuñado la *mancera;* fué declarado prófugo, pero no hubo ocasión, no ya de echarle la mano, ni siquiera la vista encima.

Y *desmanchó*, según decían sus convecinos, no sólo del pueblo, sino de aquellos alrededores, el poco después tristemente célebre *Varguitas.*

Desde esta época comenzó á campar por su cuenta y riesgo, sin que se pudiera averiguar lo que de su vida habría sido hasta que, provisto de un caballo y un retaco, realizó su primera hazaña en la forma siguiente:

Por un camino del que á ambos lados había un vallado de pitas, debía pasar la diligencia, ya bastante entrada la noche.

Varguitas supo componérselas de modo que unas cuantas pitas resultaran para los transeuntes otros tantos hombres con sus correspondientes sombreros, y hasta, por añadidura, armados de escopetas.

Terminada la operación y satisfecho, sin duda, de que el cuadro era apropiado para la escena, esperó la llegada de la diligencia, dió el ¡alto! y ordenó á cuantos del carruaje iban bajando que se fueran tendiendo en el suelo y en el sitio que juzgó más á propósito, pero no sin depositar antes en una manta puesta *ad hoc* y también en lugar apropiado, cuanto dinero y objetos de valor llevaran encima.

—Ustedes — decía dirigiéndose á aquellas pitas que otros tantos hombres figuraban —, quietos ahí, que ya llegará la hora en que cada cual haga lo que se le ordene; —mientras que á los viajeros repetía: - dejen ustedes en la manta cuanto lleven encima, como les he dicho, pues al que después se le encuentre algo, no lo ha de pasar bien.

Y cuando todos los que iban en la diligencia, después de entregar cuanto llevaban, estuvieron tendidos, se bajó del caballo, recogió lo que en la manta se encontraba y, vuelto á montar, dijo á los acobardados viajeros:

—En cuanto á lo que puedan ustedes haberse quedado, estén tranquilos, porque aquí ni en estos alrededores hay otro más que yo que pueda registrarles, y yo, con su permiso, me retiro. — Y añadió: —Vaya, señores, muchas gracias y buenas noches.

Y volviendo grupas, salió á buen paso, sin detenerse á escuchar siquiera los improperios que le dirigían los pasajeros al convencerse de que habían sido robados por un hombre solo.



* * *

Menos mal, si todas las fechorías de *Varguitas* hubieran revestido el aspecto cómico de la que acabamos de referir; pero, desgraciadamente, no fué así.

Entre los múltiples homicidios que tenía aquel hombre á su cargo, de uno sólo afirmaba que le remordía la conciencia.

«Si la cosa no se me ocurre de pronto - decía el bandido - , es muy posible que no le hubiera pasado á aquella pobre criatura lo que, por desgracia, le ocurrió.»

Varguitas, cuando se veía muy perseguido, buscaba la defensa en la sierra.

La sierra, todavía por

¡Bien por la Benemérita!

A pesar de las inmensas dificultades que se oponían al éxito, la perseverante labor de jefes, oficiales y tropa, ha dado al traste con la partida del famoso *Vivillo*. Sus dos más caracterizados representantes han muerto á manos de la Guardia civil. He aquí el hecho de armas:

Al establecer el jefe de la línea de La Roda, teniente señor Romero, el servicio ordenado por su jefe en la madrugada del 26, y al colocar fuerza en sitio conveniente, yendo solo de un punto á otro, encontró dos hombres apostados en las inmediaciones de la carretera, y al darles el alto contestaron: «Pase de largo si no quiere morir», iniciándose el fuego entre dicho oficial y criminales, acudiendo inmediatamente el grupo de guardias más próximo, con el que los acorraló en el cortijo Hoyos, de aquel término, y acudiendo otras fuerzas asaltaron el caserío donde se defendían los criminales, dándoles muerte y resultando ser los bandidos Antonio Ríos Fernández (a) *Soniche* y Antonio Cruz Fernández (a) *Chorizo.*

El bizarro teniente Romero y los bravos guardias á sus órdenes, han concluído con la partida de bandidos que tenía aterrada la comarca y en jaque á las fuerzas del Instituto. La inteligencia y tesón desplegados por los directores de la campaña, y la bravura con que todos la han secundado, han obtenido como premio el éxito más brillante, añadiendo un lauro más á los muchos ya conquistados por el glorioso Cuerpo.

¡Bien por la Benemérita!

...ño.—El "Varguitas,,.

aquel tiempo y en aquellos sitios, no era ni con mucho lo que es ahora.

Los terrenos que hoy pueden verse plantados de olivos y viñedos y hasta en los mismos en que se siembran cereales, estaban cubiertos por aquella época de matorrales, tan espesos, que en muchos sitios ni los perros podían entrar á perseguir á los jabalíes, así que nada más fácil para el hombre que conocía á palmos todo aquello, que poderse sustraer á los que lo perseguían.

Y en uno de los puntos de aquella sierra se encontraba *Varguitas*, por las razones indicadas, cuando las parejas de la Guardia civil encargadas de la busca y captura del bandido, consiguieron cercar á éste de modo tal que la salida no se le hacía posible por el lado que á él le conviniera.

En bastante extensión no había por aquellos contornos más que una fuente, y los dos caminos que podía el bandido seguir para llegar á ella, estaban tomados por la Guardia civil.

Hacía cuarenta y ocho horas, que ni el caballo ni el ginete habían bebido.

Comenzaban las primeras sombras de la noche y *Varguitas* se disponía á tomar una resolución, pues aunque por quedarle todavía vino en la bota podía defenderse, al caballo no le sucedía lo mismo.

Desgraciadamente, el pobre animal no conocía aquel abrevadero, pues de ser así, con haberlo dejado suelto hubiera bastado.

Pero ni este recurso le quedaba.

Entre los diferentes medios que se le ocurría poner en práctica, no sabía por cuál decidirse, cuando se le acercó un cabrerizo, que no pasaría de los quince años.

—Vamos á ver, ¿tú te atreves á una cosa? — comenzó preguntándole *Varguitas*.

—Según lo que sea—replicó el muchacho.

—Pues mira, te vas á montar en este caballo, te pones mi sombrero y mi manta, y te vas hacia la fuente de... yo me iré detrás de ti, y si ves algo así que tú comprendas que es sospechoso, me haces una seña, que yo al seguirte lo haré de modo que no te pierdas de vista. Y aceptada la proposición por el cabrerillo, cambió el sombrero con el de *Varguitas*, se puso la manta, montó á caballo, y emprendió el camino, no sin antes tomar un buen trago del contenido de la bota.

La Guardia civil, al situarse en espera del paso del bandido, lo hizo naturalmente en el sitio más estratégico.

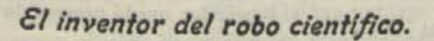
Y al dar el «¡alto!» la Guardia civil, el caballo, que estaba acostumbrado á salir á todo escape al oir tal voz, así lo hizo; los guardias dispararon y el infeliz cabrerizo cayó herido mortalmente.

Mientras los guardias se daban cuenta de la estratagema del criminal, éste, dando un pequeño rodeo y favorecido por la espesura del monte, pudo llegar hasta la fuente, en donde encontró al caballo, que le sirvió para ponerse en un instante á buena distancia de los guardias.

Tal preponderancia fué tomando este bandido, que llegó á formar una partida que era el terror constante en aquella extensa zona, á donde tuvo que acudir con preferencia la escasa fuerza de la Guardia civil que en aquel entonces tenía dotada cada provincia, y bien pronto ésta dió fin de aquellos foragidos. En los dos encuentros que tuvieron, fué exterminada completamente la partida, no sin que, por desgracia, tuviera la Benemérita sensibles bajas, cumpliendo con esto el *Varguitas* su palabra de que *él moriría, pero moriría matando*.







El inventor del robo científico.

Los Estados Unidos acaban de perder á uno de sus más ilustres ciudadanos, Billy Conneticut, el creador del *robo científico*. Efectivamente, Billy fué el primero que se sirvió de explosivos para hacer saltar las puertas de las más sólidas cajas de caudales.

En el momento de aplicar su método á la caja de una gran casa de comercio de Shedon fué sorprendido por los agentes de la Policía.

Como nadie se atrevía á aproximarse al ladrón dinamitero que amenazaba con volarlo todo, uno de los agentes lo mató de un tiro.

Billy era hijo de una familia muy rica establecida en Hartford y educado en la Universidad, donde aprendió química teórica y prácticamente.

Ladrón galante. Una modista parisiense que regresaba del trabajo encontróse con que durante su ausencia habían desvalijado su habitación. Antes de retirarse el ladrón había escrito lo siguiente en un papel, prendido á la pared con un alfiler.

«Permita usted admirarla á un pobre diablo que se ve obligado á robar para vivir. Es usted encantadora, señorita, y si mis pretensiones tuvieran alguna probabilidad de ser acogidas, no vacilaría en pedir su mano. Pero, ¡ay! yo no soy más que un ladrón y, sin embargo, tengo un corazón que desde hoy no late más que por usted...—Zizi de Menilmuche.»

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

¡Qué importa! — exclamó la serena enternecida por las dulces palabras del apóstol—, más vale morir que vivir así.

—Pero ¿puedo yo abandonar á mi hermandad? — dijo el «guapo», - ¿puedo abandonar á mi hermandad?

—No—dijo el apóstol, demasiado filósofo para creer que se podía en un instante desimpresionar á aquel hombre rudo de las costumbres de toda su vida.—No, tú no dejarás la hermandad de la Garduña; pero como una buena acción redime varios crímenes, en adelante sólo te ocuparás en salvar las víctimas de la Inquisición.

—Pero yo engañaré—dijo el «guapo», siempre prendado de su singular probidad, de su caballerosa fidelidad á los estatutos de su orden.

—Todo lo hace la intención—replicó el fraile—; ¿no tendrás la intención de hacer bien? ¿no harás efectivamente un bien?

El apóstol, aquel sincero y fiel intérprete del Evangelio, con repugnacia se valía de esta sutileza, que después ha sido el arma de una orden célebre (los jesuítas), que por medio de ella ha trastornado el mundo entero esparciendo el veneno de la hipocresía; pero á buen seguro que si alguna vez la sutileza ha sido santa y permitida lo fué en aquel momento, en que el hombre de Dios reunía todas sus fuerzas persuasivas para evitar innumerables males por su ascendiente sobre un solo hombre.

Escuchábale el «guapo» con recogimiento, pero le atormentaba una duda.

—Y vos, padre—dijo al fin—, ¿me absolveréis de todas las infidelidades cometidas con respecto á mi hermandad? Con esta condición haré cuanto quiera vuestra beatitud, porque vos sólo seréis responsable de la salvación de mi alma, que en rigor no puede haber otro que la guíe mejor.

—Te bendeciré todas las veces que salves una víctima, y te absuelvo de todos los asesinatos que no cometas. Ve en paz, hijo mío, y que Dios te guíe.

Arrodilláronse el «guapo» y la «serena» ante el apóstol, y sus cabezas se inclinaron para recibir la bendición que les dió.

—Nos ha casado—dijo la serena en voz baja y levantándose.

Esta vagabunda gitana, que como las aves de los bosques no tenía más guía que los instintos de su naturaleza salvaje, no dejó, sin embargo, de experimentar una emoción casta y mística al considerar sus amores vinculados por una ceremonia religiosa.

A algunos pasos de ellos, Esteban y la hija del gobernador confundían sus penas y sus lágrimas: la alegría que ambos experimentaron por haberse encontrado, modificó sobre manera la desesperación que poco antes les agobiaba, y la esperanza, que nunca abandona al amor, les sonreía en medio de un cielo sombrío.

—¿Ves?—dijo la serena, cuyo instinto de mujer lo había adivinado todo,—¿ves, Manofina mío, cuán desgraciados seríamos, si esta señorita en vez de encontrar á su hermoso futuro hubiese tropezado con su cadáver?

—Culebrina—dijo el «guapo»,—me parece que la voz del apóstol me ha dado una segunda vida, y que ya no soy el hombre de esta mañana. ¡Jesús! ¡á cuántos tengo que salvar para borrar toda la sangre que he vertido! Preveo que tendré que salirme de la sociedad de la Garduña.

—El apóstol ha dicho que una buena acción basta para alcanzar el perdón de varios crímenes—contestó la «serena»;—tranquilízate, alma mía, y no te inquietes por lo restante. Su reverencia se ha encargado del cuidado de tu alma, y si dejamos la Garduña, el buen Dios, que alimenta á los animales, bien alimentará á dos pobres criaturas cristianas.

Alejáronse el guapo y su compañera.

Todo lo habían olvidado Esteban y Dolores para llorar juntos.

—Venid, hijos míos—dijo el apóstol;—mañana pensaremos en escoger una morada donde pueda retirarse mi hija Dolores.

—¡Padre mío — dijo Esteban, — yo creo que deberíamos pensar en huir de esta desgraciada España que devora á sus más puros hijos!

— ¡Huir cuando mi padre está preso! — exclamó Dolores. — ¡Esteban! ¿y lo has podido imaginar?

—Pero os perderéis infructuosamente—dijo el joven:—partiréis sola, Dolores; iréis á aguardarme fuera de España, mientras que yo emplearé mi crédito y mi fortuna para salvar á vuestro padre.

—¡Salvar á los vivientes—dijo el fraile en voz baja,—cuando la Inquisición no respeta siquiera las cenizas de los muertos!

—Callaos, padre mío—dijo Esteban que lo había oído,—no quitemos toda la esperanza á esta infeliz niña.

—Yo no dejaré á España sin mi padre—dijo resueltamente la hija del gobernador.

—¡Pobre niña!—pensó el apóstol conmovido:—tú también posees una de esas almas llenas de abnegación que conducen siempre al calvario.

—Hija mía—dijo,—mañana os llevaré al convento de las Carmelitas.

—Esteban—dijo en voz baja la joven,—vive alerta; la Inquisición tiene su vista fija en ti.

Llegados á la casa del apóstol, Dolores entró primero y Esteban detúvose fuera, no atreviéndose á pasar del umbral.

—Venid ambos, hijos míos—dijo el franciscano;—pasaremos juntos la noche en oración; venid, porque mañana será preciso dejaros.

Siguióles Esteban en silencio, y cerróse la puerta tras ellos.

VII

Una pasión de inquisidor.

Pedro Arbués había registrado todos los conventos sin exceptuar el de las Carmelitas, donde había ingresado Dolores; pero una rara circunstancia habíala salvado. Como no manifestara la intención de hacerse religiosa, y estaba encarecidamente recomendada por el apóstol, le daban una libertad casi absoluta: sólo seguía los ejercicios de la casa, precisos para toda buena católica.

A Dolores le gustaban mucho las flores, y en el inmenso jardín de la Abadía había elegido un lugar solitario en el que cultivaba las plantas que más apreciaba: cuando tuvo lugar la visita del inquisidor, hallábase en este sitio, muy lejano del edificio.

Con todo, Pedro Arbués no se había olvidado de preguntar á la abadesa si tenía más novicias ó más nuevas profesas de las que le había presentado en revista: pero como Dolores no pertenecía á ninguna de estas dos clases, nada dijo de su residencia la abadesa, porque la consideraba de corta duración y aun en calidad consideraba á Dolores como pensionista.

No fué, pues, por modestia ni por precaución; fué simplemente por olvido.

Y he aquí por qué el inquisidor quedó persuadido de que la hija del gobernador había salido de Sevilla.

—Señor—dijo José—, si realmente esta joven ha querido escaparse, huyendo de las persecuciones de la Inquisición, ¿no podéis escribir á los tribunales de Aragón y Castilla, á los de Málaga y de Cuenca, á todos los de España, y por último hasta al rey, á fin de que pongan todos los esbirros del Santo Oficio en busca de la fugitiva?

—¡No, no!—replicó vivamente Arbués—; no es su muerte la que me conviene; es ella, sólo ella.

—¿No está el gobernador de Sevilla en los calabozos de la Inquisición?

—Sin duda; y por esto mismo no puedo comprender la huida de su hija: ¡es tan fuerte y animosa! ¡ama tanto á su padre! ¡Oh ¡que venga, que venga!—prosiguió con una especie

de delirio—con qué felicidad le diré: Tu padre quedará libre, pero sé mía. Y ella se entregará por salvar á su padre.

—¡Y su padre no se salvaría!—murmuró sordamente el favorito, lanzando una mirada de hiena sobre el inquisidor.

—¿Qué hablas entredientes, José?—dijo Pedro Arbués.

—Calculaba, señor, qué tormentos nuevos podrían inventarse para amedrentar á esa joven, dado caso que se volviera á encontrar.

—¿Quién hay?—dijo repentinamente Arbués retrocediendo un paso.

—Vuestro fiel Enríquez que os busca, señor—respondió el recién venido, que era el gobernador de Sevilla, antiguo familiar del Santo Oficio.

—¿Por qué sorprenderme así?—dijo Pedro Arbués de muy mal humor.

—Traigo buenas noticias á vuestra eminencia—respondió humildemente el gobernador—y he creído...

—Habla, veamos, ¿qué hay?

—Dolores Argoso...

—¡Y bien!

—Está en el convento de las Carmelitas, del otro lado del Guadalquivir.

—¡Dolores! ¿y desde cuándo?

—Dos meses hace.

—¡Mientes!—exclamó el inquisidor—yo mismo he visitado el convento, y Dolores no estaba.

—Pues está, señor; os lo juro por la santa Eucaristía; lo sé de cierto, y os lo probaré.

—¡Bravo, Enríquez!—exclamó el inquisidor con una expresión de alegría—bravo, Enríquez ¿Cómo lo has descubierto?

—Señor—respondió el familiar inclinándose de un modo ridículo—, que vuestra eminencia me dé la absolución de este pecado: me he disfrazado de fraile, y he confesado á la abadesa.

—¡Verdadero Dios!—dijo Pedro Arbués—es una idea que no se me ha ocurrido á mí siendo sacerdote.

—¿Vuestra eminencia me absuelve?—prosiguió Enríquez con una mirada socarrona.

Hizo el inquisidor la señal de la cruz, y el nuevo gobernador de Sevilla, levantando orgullosamente la cabeza, se puso cual quien conoce toda la importancia de sus verdaderos servicios.

—¡Bien está!—exclamó el inquisidor frotándose las manos;—ahora nos arreglaremos los dos, orgullosa Lucrecia.

—Entremos—prosiguió.—Enríquez tiene que hablarme de ciertos asuntos de su gobierno. ¿Cómo va la herejía?

—Señor, va progresando de un modo espantoso; los mismos conventos no están exentos de esta lepra.

—¡Diablo!—dijo el inquisidor—será preciso poner orden y reanimar el celo católico tratando como á herejes á todos los que no denuncien la herejía. ¿A quiénes se ha detenido esta semana?

—Sólo quince ó veinte personas, señor.

—¿De calidad?

—La mayor parte: dos ó tres doctores en teología que la echan de encontrar faltas en el texto latino de la Vulgata, y algunos otros del mismo temple que, jactándose de católicos son celosos admiradores de Martín Lutero.

—Algunos hay entre los primeros, que los odio de un modo singular: son orgullosos que emplean todo su saber, toda su elocuencia en destruir el poder de la Inquisición. Juan de Avila, Luis de Granada, Juan, por sobrenombre Juan de Dios, y algunos otros ilustrados que se ponen como apóstoles, y si es necesario como mártires para echar hasta el fondo del corazón de los pueblos profundas raíces de revolución é independencia... Pero juro á Cristo que se estrellarán...

—Señor—dijo José—, ¿no tenéis el poder de enmudecerlos?

—Sí—exclamó Pedro Arbués—: estoy cansado de esas predicaciones sin número que sólo tienden á inspirar al pueblo el deseo y el valor de la libertad. Estas gentes se fingen sencillas y humildes para ser fuertes, y el pueblo les cree porque se popularizan para hablarle; pero ¡verdadero Dios! cada una de sus palabras es un golpe de hacha sobre el púlpito de San Pedro, y si el Vicario de Jesucristo comprende los verdaderos intereses de la Iglesia, me dejará operar contra ellos en plena libertad, y quemarles como simples legos, pues que son herejes de hecho y que no obstante su carácter eclesiástico, se separan de la Iglesia romana de todo corazón y voluntad.

—Señor—dijo fríamente José—, para hacer perecer el árbol es preciso arrancar las raíces; mientras exista un hereje en España, la herejía se reproducirá como esas plantas que es preciso no dejar la menor raíz en tierra.

—Pondremos orden—replicó el inquisidor—¡y por la Virgen! levantaremos para destruirlos hasta la tierra que los lleva.

—No se puede hacer mucho por Dios—dijo Enríquez con tono hipócrita—; ya he pensado en esto.

Hablando así, habían llegado á la puerta del aposento del inquisidor.

—¿Vienes, José?—dijo Arbués.

—Perdone vuestra eminencia, pues tengo que preparar un sermón para mañana.

—¿Y después de tu sermón, nos acompañarás al convento de las Carmelitas?

—Estoy enteramente á las órdenes de vuestra eminencia—respondió el favorito, despidiéndose del inquisidor.

Arbués y el nuevo gobernador de Sevilla entraron solos.

José salió.

Cuando iba á pasar el umbral de la puerta del palacio inquisitorial, una mujer vestida de negro le vió, y presumiendo, por el hábito de dominico, que tal vez sería un miembro de la Inquisición, adelantóse hacia él, con las manos juntas y con el acento de un increíble dolor:

—Mi reverendo—exclamó—, hacedme hablar al señor Arbués.

—¿Quién sois?—preguntó José sorprendido—; ¿qué tenéis que hablar con el inquisidor?

(Continuará.)

El presente número lleva adjuntas ocho páginas de la novela LOS DRAMAS DE PARIS y otras ocho de LOS TRES MOSQUETEROS.

Los útiles del crimen.

Recientemente, la Policía de París ha detenido á los principales personajes de una banda de malhechores, incautándose de gran número de armas, ganzúas, palanquetas, linternas y cuantos instrumentos ayudan al hombre en la comisión del delito. Todo este vasto material, de esmerada fabricación, que ha estado reunido en el despacho del jefe de la Policía, según indica nuestro adjunto grabado, se calcula que ha costado nada menos que 20.000 francos, en números redondos.



Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY — **Fuencarral, 59.—Madrid.**

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

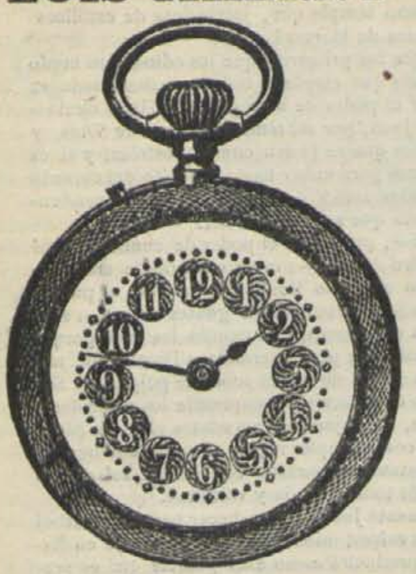


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construido expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA. Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.

Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



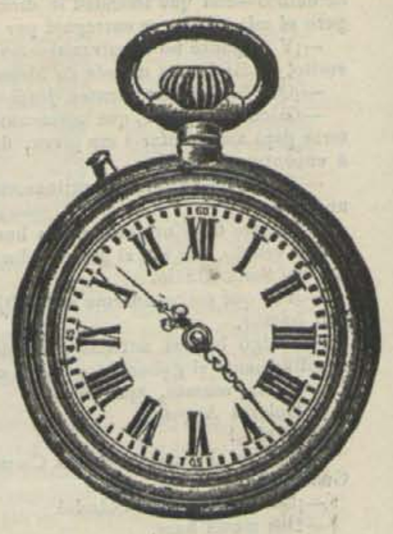
El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior .... **19,50 pesetas.**

Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —

Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —

En 4 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado..........	**28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) .	**27** —
Idem grabado (no extraplano).....	**25** —
Idem en plata....	**39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación ... **45 ptas.**

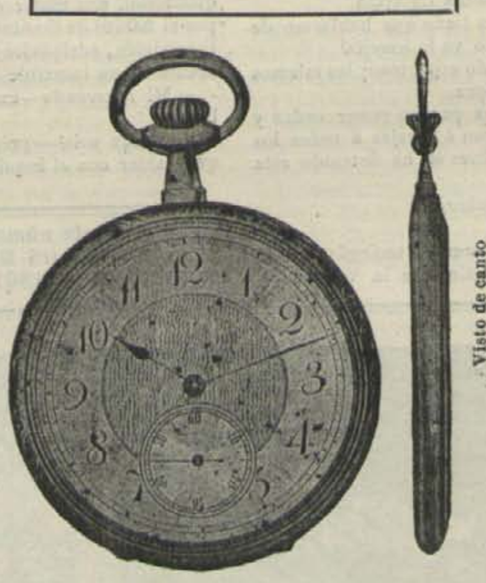
En 5 plazos.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas.**

Verdadera imitación del reloj de oro, idem en plata, **28 pesetas.**

En 4 plazos.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación. **45 pesetas.**

En 5 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina extra, de acero azul extra, **20 pesetas.**

Con estuche y gran cadena dorada.

En 4 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY. quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 361.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8. —Teléfono 316